



POLÍTICA



Después de la zalgarda de los preparativos electorales y del día de la elección, reina el silencio en la aldea. Pero es el silencio de las ruinas. Los unos pueden parodiar la célebre frase de Francisco Primero, al narrar su prisión en las cercanías de Pavía: "¡Todo se ha perdido... hasta el honor!" Fué lo único que le quedó al monarca francés. Los vencon el epicúrco Desbarreaux: "¡Tanto ruido por una tortilla de tocino!" cedores están en postura de exclamar La alegría del triunfo se mermará notablemente al parangonarlo con las energías invertidas en su consecución. El organismo excitado por la combustión del amor propio pudo sobrellevar las penalidades de la campaña, pero después del esfuerzo realizado, asoma en todos los ánimos el estrago de la fatiga. Uno y otro contendiente han venido a ser, sin culpa alguna suya, fábula de las gentes, sufriendo el buen nombre de ambos un eclipse del que acaso no alcanzarán ya a salir. El honor y la dignidad personal aparecen distintamente entre los escombros y muy difícil se nos antoja la tarea de volverlos a cincelar hasta comunicarle su primitiva limpidez. Las salpicaduras del arroyo han llegado a embadurnar las figuras de más talla,

que cuando pone sus ojos la plebe en quien algo vale, porque con ella se iguale, no escasea los sonrejos.

Mas no tiene la culpa el pueblo. Ignorante, porque la conquista de la razón cotidiana no le consintió tiempo y vagar para frecuentar el templo de los dioses, y sencillo, como quien poco o nada ve más allá de sus sentidos, escucha con respeto y sumisión a sus ídolos y siempre tomará de barato lo que le quieran dar. El mal está en quienes, conociendo por menudo los flacos de la muchedumbre, se den maña para sacar las castañas del fuego con mano de gato y condenar luego al servicial felino a roer las cáscaras,

desprovistas a buen recaudo de toda su utilidad.

A nosotros se nos da una higa, y aun por ventura menos, del triunfo de éste o de aquél. Situados en la serena de región de los espacios a donde no llegan los graznidos de la política, miramos con iguales simpatías a los de uno y otro bando antes de su actuación y los juzgamos, después de corrido el telón, con entera frialdad. Aun antes de conocer el resultado de las elecciones, vitoreamos ya al candidato electo por el Cuarto Distrito Senatorial. Hoy que sabemos cuál haya sido la mayoría de la votación, nada hallamos que retocar en nuestra crónica anterior. Quienes apelaron al fallo de la voluntad popular, deben someterse resignadamente al resultado de la apelación. Cuantos pusieron su fe patriótica en los beneficios del sufragio universal, tampoco han de permitirse una sola frase de censura con-

tra los que valiéndose de esa arma de doble filo se llevaron la parte mejor. Tiempo há que dijo, muy acertadamente a mi entender, cierto poeta zumbón:

El sufragio universal se explica en breves minutos: Es que pueden más DOS brutos que UN talento colosal.

No lamentarse, señores políticos a quienes tocó esta vez morder el pollo de la derrota. Es muy velocidosa la rueda de las masas y quizá no está lejos el día en que os corresponda triunfar. No son menos pasajeras las simpatías de las masas y acaso están ya arrepentidas de haberse dejado engañar. Entretanto, bueno será que vencedores y vencidos olviden los antagonismos del pasado, para trabajar como hermanos por la causa común. Es muy fácil mostrarse patriota cuando sopla por la popa la brisa acari-

DESPUES DE LAS ELECCIONES



Final de cuentas

ciante de la victoria, pero no lo es tanto continuar trabajando sin desaliento, si acaso nos azota de proa el cierzo de la contrariedad. Demócratas y Colectivistas, el partido en el poder y el de la oposición, todos son igualmente Filipinos y todos deben contribuir al cumplimiento de la aspiración Nacional. Quienes mandan están obligados a mandar con esa finalidad y cuantos obedecemos nos sujetamos gustosos, en la esperanza de dar así alguna puntada a la bandera de la Libertad. Si el Senador electo se sale de los lindes de

ese programa, todo buen Filipino se arrepentirá un día de haber votado por él. Si por el contrario, antepone el bienestar del pueblo a su propia comodidad, hasta los mismos que le negaron el voto se congratularán de haberle tenido por legislador

 Pero, basta.

Que en política y amor escribir es necesidad: lo que hoy es una verdad es mañana un sandio error.
 EL FIGARO.



LIMADURAS

—Para que una campaña de apostolado religioso rinda todos los frutos que de ella se esperan, no basta conocer la historia, las tradiciones, la fisonomía, en una palabra, de los pueblos en los cuales se ha de librar la batalla; tampoco es suficiente tener idea de las costumbres, de las necesidades, de las virtudes y defectos de las parroquias y de los barrios, objeto del apostolado. Sería un conocimiento demasiado general para que fuese eficaz, con aquella eficacia propia de toda acción católica inteligentemente desarrollada.

—Por general que se la ponga, no se puede discutir que constituye excelente preparación para el ejercicio fructuoso de la acción que planeamos. El conocimiento topográfico del terreno es un poderoso auxiliar para la conveniente distribución del ejército que ha de tomar parte en la contienda.

—Efectivamente, es una preparación que demanda ser completada por un conocimiento detallado de todas y de cada una de las personas que viven en la parroquia o en el distrito que tratamos de conquistar. La religión es de incumbencia esencialmente personal.

—Después de algún tiempo de convivencia, es difícil encontrarse con caras desconocidas. Sobre todo, si procedemos con espíritu de atenta observación.

—No es suficiente que las caras lleguen a ser conocidas; es imprescindible acercarse a los individuos y ver de penetrar en el fondo de sus corazones. Para ello se impone saber cuales son los católicos de verdad, los católicos prácticos, y cuales los indiferentes: cuantos y quienes

son los protestantes, los aglipayanos, los masones; conocerlos individualmente por sus nombres, apellidos y profesiones; tener idea clara de los niños, de los ancianos y de los pobres que viven en la parroquia; informarse de quienes están casados civilmente o unidos de cualquier otra forma que no sea la prescrita y santificada por la Iglesia católicas; es de necesidad absoluta conocer el terreno en el que vamos a depositar la semilla del Evangelio, es decir la inteligencia y el corazón de los que han de escuchar la palabra de la civilización cristiana.

—Estimo algo exagerada la pretensión. Poco a poco, por sus pasos contados, se llega a ese término, sin hacer tan gran alarde de procedimientos estratégicos. Las conquistas de orden sobrenatural fian más de otros factores.

—Aun no hemos penetrado en el terreno de la estrategia; nos limitamos a consignar la necesidad de emprender la marcha siguiendo los derroteros que fija el buen sentido.

—Sería una presunción querer monopolizar el buen sentido. Las opiniones no están acordes y, sin embargo, sus respectivos patrocinadores las defienden con argumentos basados en ese buen sentido, tan decantado.

—Fiel al programa de moverme siempre dentro de la esfera de los principios, no estoy dispuesto a descender al campo de los personalismos, donde toda discusión, por alta y noble que sea, pierde su rancia y elevada estirpe para tornarse en plebeya de baja estofa.

—Sin salir de la doctrina general, entiendo que pueden po-

nerse en tela de juicio los procedimientos de apostolado que defiendes con tenaz empeño.

—Nada tiene de particular. Son procedimientos seguidos cuidadosamente desde la fundación de la Iglesia. Algo debiera pesar en la balanza de nuestra estima, la tradición no interrumpida de veinte siglos.

—El apostolado, en la Iglesia, se ha atemperado siempre a la diversidad de tiempos y de circunstancias. A nuevas necesidades, nuevos métodos de trabajo.

—No es signo de prudencia cambiar de táctica, cuando la sancionada por la experiencia goza de legítimos prestigios. Lo fundamental nunca ha cambiado ni puede cambiar. El mismo Salvador del mundo nos ha dado la pauta y sería temeridad manifiesta empeñarse en emendar la plana, escrita con infinita Sabiduría. "El buen pastor conoce a sus ovejas y sus ovejas le conocen a él y las llama por sus propios nombres". El *vocat proprias oves nominatim*, es todo un programa de apostolado. A ese conocimiento claro, distinto, adecuado, debemos aspirar nosotros y cuantos crean una obligación convertirse en auxiliares de los pastores legítimos de las almas. Dar un mitin en una parroquia, pronunciar una serie de conferencias desde un estrado, evangelizar en bloque un pueblo, no entraña especial y notable dificultad. Hasta puede ir aureolado con algún triunfo ruidoso, ganado en buena lid por la elocuencia de los oradores; pero los resultados permanentes, vistos a través del cambio en las costumbres, de la frecuencia en los sacramentos y de otras